



LA CIUDAD QUE NOS HABITA

Antología del Concurso
Literario Arcilla

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita

*Antología del Concurso
Literario Arcilla*

Florencia Capitaine
Fausto Couzo Aspitia
(Coords.)

La ciudad que nos habita. Antología del Concurso Literario Arcilla / Camila Biasotti...[et al.]. - 1a ed. - Córdoba : Universidad Nacional de Córdoba. Facultad de Filosofía y Humanidades, 2023.

Libro digital, PDF

Archivo Digital: descarga y online

ISBN 978-950-33-1776-1

1. Literatura. 2. Jóvenes. I. Biasotti, Camila.

CDD A860.9283



Correctora: Candela Páez

Diagramación y diseño: María Bella

2023



Esta obra está bajo una Licencia Creative Commons Atribución - No Comercial - Sin Obra Derivada 4.0 Internacional.



Acá a la vuelta

Por Camila Biasotti

La situación es de mentira. Mis piernas, hechas de cartón, se doblan y estiran caminando hacia vos: también de cartón. El lugar es una plaza, pero la pantalla verde de a momentos falla y nos ubica en la nada. Hay pasto de papel crepé y cuando me siento se escucha romperse. Nos miramos, pero cuando me inclino a besar tu cachete, se quiebra mi torso y estoy en el suelo. Ahora estamos decepcionados, pero era de esperar. Empieza a sonar una música muy fuerte, como para distraer. Estamos inmóviles, no hay nada que podamos hacer. Y de repente, todo se transforma en humo: vos, yo, el papel crepé, la pantalla. La música sigue sonando, pero ahora embotellada. La decepción se sigue sintiendo, pero ahora como recuerdo. Un recuerdo que es un sueño, por supuesto, si la situación es de mentira y nosotros no existimos como para sentirla.

Imaginé la escena muchas veces, en muchas veredas, en muchas estaciones, en muchas ciudades. Algunas metrópolis son pura fantasía, eso seguro, pero mis recuerdos de mentira favoritos pasaron todos acá a la vuelta. Te invento todo el tiempo en mis calles, no siempre sale bien. Estoy atascada en una incertidumbre general, en ese momento del corazón roto en que uno llama a gritos al olvido y cuando se acerca entra en pánico y le cierra la puerta en la nariz. Ahí estoy, con el ojo apoyado en la mirilla esperando que pases por mi calle. Y lo más probable es que nunca te vea pasar, que tenga que finalmente abrir la puerta y salir para recordar que la entrada de mi casa no da a la calle y vos solo salís a caminar a mil kilómetros de acá. Eventualmente, tener que sentarme en la vereda y dejar de charlar conmigo para charlar con el olvido, y darme cuenta que no es tan malo, solo es realista y yo soy una soñadora.

Pienso quizás en septiembre, con la primavera acercándose en puntitas de pie: yo camino en mi vestido rosa a cuadros por el Parque Sarmiento, cruzando la calle para llegar al lago, y te veo. Y nunca te vi antes, pero te reconozco y mis pies se mueven solos hacia vos, como si hubiéramos acordado un punto de encuentro, como si me hubie-

ras avisado que venías a esta Córdoba, a este parque, a golpear la puerta de este corazón. Pero no golpeás la puerta, porque te quedás ahí parado, sin siquiera reconocirme, mirando tu teléfono mientras avanzo hacia vos. Y freno a mitad de la calle sin autos que me apuren a decidir: hacia adelante o hacia atrás. Me balanceo y me tiembla el pecho. Adelante o atrás, adelante o atrás, adelante hacia un pasado delirante o atrás hacia un futuro en blanco. Un paso adelante, un paso hacia atrás. Una bocina de auto que me saca del trance, te miro: ya no estás más.

Otras veces son tus piernas enredadas con las mías y un beso en el cuello, un beso en la

nariz, un beso en medio de la risa bajita, como si fuera un secreto ser felices. Tu ceño fruncido y voz exasperada contra la mía discutiendo de política, se elevan una encima de la otra hasta que ya no tiene sentido debatir si mejor más a la izquierda o más al centro. Calentás la pava para hacerte unos mates, me haces un café. Una mano entrelazada con la otra ajena que se suelta para correr por la peatonal y espantar palomas. Una tuya, la otra mía; como mía la sonrisa de tenerte a tres pasos largos en mi 9 de julio y la de ningún otro lado.

Es domingo, hay sol de siesta y no prendí ningún cigarrillo porque no te gusta el sabor a humo en mis labios. Me estiro de costado sobre el colchón para observarte golpear los dedos meticulosamente contra las cuerdas de tu guitarra, apretás los labios para concentrarte mientras asentís despacio, como siguiendo una onda. Mirás un punto fijo y a veces levantás las cejas, yo te miro a vos y a veces cierro los ojos, para escucharte. Una y media de la mañana y te reís a carcajadas con el vaso de whisky en la mano, yo me compré una cerveza y te pido que me cuentes de nuevo la historia de tu perra, porque cuando hablas de ella te brillan los ojos. Sobre un mantel en la Sobremonte uso tu muslo de almohada, me acariciás el pelo y te digo que me cuentes un cuento así que recitás de memoria ese fragmento de Borges que tanto te gusta.

Llegamos a mi lugar favorito de Córdoba, a la izquierda los edificios, a la derecha los árboles y casi en el medio, la rueda de la fortuna oxidada. La hizo Eiffel, ¿sabías? No me creés, pero querés sacar una foto igual y te apuro para que lleguemos antes de que se esconda el sol a mi otro lugar favorito. Está escondido en un barrio chiquito de

casas grandes y tiene un hechizo para que no entre el barullo de los autos que se acercan al shopping. Pensás que es un chiste, que soy poeta, que digo tonteras. Los ojos te ruedan hasta que llegamos a la calle de entrada y acá ya no podemos caminar rápido. Leés el cartel para saber dónde estamos y La Noria te da gracia: ¡Pero si venimos de ahí! Las luces de la vereda son anaranjadas, amarillentas, parece que todos los vecinos se pusieron de acuerdo para que entrar al barrio se sienta como ponerse en pausa. Todo el ruido de la Caseros se esconde muy atrás, los motores y bocinazos se disipan de a poquito hasta que no podés estar seguro de si caminamos una cuadra o diez. Lo encontré de casualidad una vez que volvía de noche, es una plazoletita con un palo borracho enorme en el centro y lo más lindo de todo son los faroles, ya vas a ver. No te enamorás tanto como yo, ni de la plaza ni de mí. Quiero que Córdoba te conquiste. Te escribo una carta, te escribo otra, te doy un poema en una servilleta antes de irnos de mi café favorito en Santa Rosa y General Paz. Bar de viejos que ven fútbol a un volumen ensordecedor o bailan con una prostituta a la madrugada, cuando ya va saliendo el sol. Volvemos caminando hasta mi casa, me acompañás hasta la puerta para darme un beso y te vas. Pero estás acá nomás, a la vuelta de la esquina, a un colectivo urbano de distancia, a un mensaje de vernos. Estás acá nomás. Nos miramos, estamos juntos.

Un otoño de abril, con las calles teñidas de marrón, naranja, marrón anaranjado y naranja manchado de marrón. Tus zapatillas hacen crujir las hojas secas de la vereda en una calle que bien podría ser tuya, bien podría ser mía. Mis zapatos vienen en sentido opuesto, chocando contra las baldosas de la vereda del frente. La calle está vacía, la ciudad está en silencio excepto por tus hojas rotas y el eco de mis talones contra el suelo. Me mirás vos esta vez, me reconocés y yo no sé qué hago ahí si no es para verte, pero no te veo. Sigo de largo y por miedo a equivocarte no gritás. Doblo en la esquina y desaparezco, con las manos escondidas entre mis brazos cruzados. Sacás tu celular del bolsillo del jean, escribís mi nombre en la barra de búsqueda de los contactos y apretás llamar. Pero yo cambié mi número, ese que tenía desde los ocho años, ese ya no existe. Entonces te responde una mujer robótica para decirte que estoy fuera de servicio, que estoy fuera de alcance, que doblé por la esquina y no

podés saber si era yo. Pasa un auto, pasan dos, un colectivo. La ciudad vuelve a hacer ruido, ya no hay nada que escuchar. Ya no estoy más.